

HACE tres meses que estoy en los Estados Unidos estudiando técnica del drama y, de improviso, sin saberlo ni proponérmelo, recibo la mejor lección, aquella que hace que carezcan de importancia las clases escuchadas o las discusiones y análisis en los que he participado.

La Biblioteca Pública de Nueva York, al igual que la mayoría de las más importantes Bibliotecas de Norteamérica, no es sólo un lugar donde se puede buscar el libro que se interesa leer. En salas adyacentes o en su hall principal hay constantes y permanentes exposiciones que dicen relación con la labor creadora y la vida literaria. En la Biblioteca de la Universidad de Yale, por ejemplo, se exhibe actualmente una serie de documentos relacionados con Joseph Conrad, el excelente novelista, considerado como uno de los grandes estilistas del idioma inglés, a pesar de que no fue éste su primer idioma. En la Biblioteca de Nueva York, en su hall central, se exhiben libros, cuadros y tarjetas que reflejan las diversas costumbres, dentro de la civilización occidental, para celebrar la Navidad. Chile estaba representado en una de las tarjetas de Pablo Burchard hijo, que, sin proponérselo, tal vez, ha hecho mucho por la difusión de nuestro país en el extranjero.

En una de las salas del tercer piso de la Biblioteca de Nueva York, está la Berg Collection. Es una extraordinaria exhibición de manuscritos famosos, de primeras ediciones, de cartas de escritores y de todo cuanto dice relación con la labor literaria. El material, por su abundancia, es difícil de describir. Me detengo en un estante y veo un manuscrito con una letra pequeñísima, tan pequeña que diríase que ha sido escrita para ser leída con lupa. Es el original de "El pequeño Ministro", una de las primeras comedias de James M. Barrie. Fue escrita en 1897. A su lado, abierto en una página cualquiera, está el ejemplar mecanografiado de la obra, con las correcciones del autor para una producción que se realizara en 1923. No hay una sola línea que la esrupulosidad del autor haya dejado intacta. Hay cambios que parecen sutiles. No se explica uno, al principio, por-

qué se borró una palabra y se reemplazó por otra. Se lee con más atención y se advierte que la palabra reemplazada da más riqueza al texto, lo cambia en cierta forma. Más adelante está el ejemplar de "El Admirable Crichton" la obra más popular de Barrie y, nuevamente, la letra minúscula que incansablemente corrige aquí y allá. "El Admirable Crichton" dió a Barrie, por concepto de derechos de autor, 80 mil libras esterlinas, pero el autor se advierte en sus correcciones, nunca estuvo satisfecho.

En un estante contiguo aparece el ejemplar original de otra comedia de Barrie "Lo que toda Mujer sabe" y a su lado, en un legajo casi tan grande como la obra, los apuntes de Barrie sobre la forma como corregirla. El legajo está abierto en la mitad. La última anotación lleva el N.º 157. Calculo que debe haber, por lo menos, 300 anotaciones del autor en la que se sugieren cambios y se somete a despiadada auto crítica.

Viendo estos documentos es posible apreciar hasta dónde, especialmente en el campo del teatro, la técnica está unida al talento creador. La severidad ejemplar de Barrie respecto a sus escritos, la minuciosidad de cada corrección, indican, con más elocuencia que cualquiera lección, el grado de trabajo que el autor requiere después de escribir su obra. Emerson decía que el genio era un uno por ciento de inspiración y un noventa y nueve por ciento de transpiración. Viendo las correcciones de Barrie en sus textos uno no puede menos que pensar cuánto tendremos que transpirar los que no somos genios.

La colección Berg está repleta de patéticos y recordados otros testimonios de la labor de creación artística. Cartas de Shaw en las que se refiere a sus comedias y alaba a un autor que hoy nadie conoce; primeros ejemplares de novelas de Mark Twain, con anotaciones marginales del autor. John Glasworthy, el famoso abogado dramaturgo, no se contentaba con corregir sobre sus manuscritos o la obra escrita a máquina. En uno de los ejemplares impresos de "El Fugitivo", corrige con su puño y letra en vista a una próxima

LA MEJOR LECCION

Por SERGIO VODANOVIC

"El Debate"

LA MEJOR... (De la página 3)

representación o edición.

Esta exhibición tiene la virtud de volver a la vida lo que parecía muerto y enseñar con una fuerza tremenda las vicisitudes de la creación literaria. Hay ejemplos que emocionan por su candor. Ahí está, un cuaderno grueso de tapas café con los bordes doblados y escrito en su primera página con cuidadosa caligrafía "Cuatro Plumas" "Una novela". Uno puede imaginarse al autor —Alfred Edward Woodley Mason— escribiendo esa primera página, pretendiendo, simplemente, escribir "una novela" sin saber si alguien algún día la leerá, si ella lo exaltará a la fama o quedará empolvada en los anaqueles de las bibliotecas, como tantas otras. ¿Habrá imaginado alguna vez el au-

tor que simplemente puso debajo del título, "una novela", que aquella sería traducida a todos los idiomas, que sería la lectura preferida de millones de adolescentes y que algo que él no conocía llamado cinematógrafo y sus agregados en el color y en el cinemascopio habrían de convertir su argumento en algo mundialmente popular?

La creación literaria tiene algo de misterioso y algo de azar, pero, sobretodo, es un trabajo tenaz y persistente en busca de una perfección que nunca satisface. La colección Berg de la Biblioteca Pública de Nueva York es un testimonio magnífico de esta labor y una lección para los que se sienten inclinados a la profesión literaria.

SERGIO VODANOVIC